

JUGUETES Y TRISTEZAS UN CUENTO DE NAVIDAD

HABANA, diciembre 24.—Eran ya las diez de la mañana, y todavía los niños se agrupaban a la orilla de los improvisados mostradores, detrás de los cuales algunas damas caritativas y algunos caballeros galantes, con visibles señales de cansancio, repartían, amable y risueñamente, los últimos juguetes que caían en el alborotado oleaje de los bracitos pedigüeños, como guijarros en el mar.

Las madres, las cuidadoras, las guías de los chiquitines, contagiadas de la fiebre de éstos, ayudábanles en la lucha; y, abriéndoles paso en el apretado cerco infantil o levantándolos en vilo para que pudiesen dominar sobre el tumulto, gritaban también con el mismo afán, casi desesperado, de la minúscula muchedumbre. Las

voces, en diapasón agudo, triunfaban de los demás ruidos de la vasta plaza; de las bocinas de los automóviles, de las chirriantes ruedas de los carros; de las huecas y rítmicas sonoridades que produce, sobre el asfalto, el trote de los jamelgos de tiro; del ajetreo, de hierro rodante, del tranvía...

De vuelta de la batalla formidable, pasaban, frente a mí, los niños, nerviosos, locuaces, cargados de paquetes semideshechos. Cada uno venía embrazando su botín de guerra. Y en los rostros radiantes de felicidad, se esbozaba un inocente gesto de orgullo. Era un paseo triunfal bajo los soportales de las caaas del Prado.

Al igual que los niños, también ancianos pobres y mujeres desvalidas, llevaban la manta o la pieza de ropa que les había tocado en el reparto; su juguete contra el frío y el abandono. Bien mirado, los miserables son unos niños grandes y tristes, maltratados por la vida como por una cruel madrastra.

Viendo cruzar la victoriosa turba, entre la algazara y el bullicio de los caballeritos audaces y de las mocitas coquetonas, iba marcándose en las regiones de mi recuerdo una huella suave y blanca que se desenvolvía como una cinta de luz pura en la obscuridad de mi memoria. ¿Quién,

por malo que sea, no lleva escondida una visión inmaculada en el espíritu? ¿Quién, por debajo de esta amarga corteza con que cubren los años y los desengaños el corazón, no siente, a veces, latir la fibra inmaculada de una ternura piadosa? ¿Quién no ve, de cuando en cuando, atravesar la sombra azul de un niño por las brumas del alma; de un niño a quien besamos en la cuna, o llevamos de la mano, en un instante misericordioso, por los zarzales del camino? Cuando una cabecita de querubín asoma, de improviso, como por un roto aro de papel, por la nube de un pensamiento, sentimos como que la memoria se baña en frescura y luz, y, hecha flor, se abre, al rayo y al rocío de una lejana aurora. Y, en voz baja, recitamos la estrofa inmortal:

Vous êtes parmi nous la colombe de l'arche.
 Vous pieds tendies et purs n'ont point l'age où l'on marche,
 Vos ailes sont d'azur.
 Sans le comprendre encor, vous regardez le monde.
 Double virginité! Corps où rien n'est inmonde.
 Ame où rien n'est impur!

Y como el poeta, murmuramos: «Señor: presérvame, preserva a los que amo, hermanos, parientes, amigos, y hasta a mis propios enemigos, triunfantes en el mal; presérvanos a todos de no ver nunca el estío sin rosas, la jaula sin pá-

jaros, la colmena sin abejas, la casa sin niños!»

Sí; al contemplar éstos, al saludarlos, al acariciarles, furtivamente, las mejillas, me acuerdo de los otros, de los míos, de los de mi tierra, de aquellas melancólicas criaturas que quizá ahora estarán más tristes. Y luego pienso en tantos huérfanos de ultramar, belgas, franceses, ingleses, teutones, italianos, que, asidos de las faldas negras de las viudas, van adustos y espantados por las calles solitarias, por las ciudades en ruina, por los escombros de los templos, por las casas vacías, por el sangriento crepúsculo de los horizontes. Juguetes; ¿tendrán juguetes esos infortunados infantes? Muchos, sí; creo que sí. Sé que Alemania fabrica tantos juguetes como proyectiles. Ahora, a pesar de su bravura portentosa, me la figuro como un inmenso casco prusiano, vuelto hacia arriba, y rebosante de chucherías para los niños. El casco, como sombrero en manos de prestidigitador, es inagotable. Se desborda y llena la tierra de muñecos, pelotas, cajas de soldados, animales de palo, automóviles de cuerda, barcos de papel, globos de goma...

Es preciso que caiga un diluvio de juguetes que entretenga a los chicos y los obligue, por unos cuantos días, a apartar la mirada de las pavorosas agitaciones de los grandes.

Y en tanto que la emoción matiza de melancolía mis reflexiones, una burlesca voz interior me reprende con ironía: —Eres un sentimental incorregible; pero, a la vez, eres un pésimo observador. Por seguir el vuelo de tus ideas, frágiles mariposas imaginativas, pierdes la noción real de la existencia. Fíjate bien. Los niños de esta Noche buena, que viven en países azotados por la guerra, por el hambre, por la fatalidad, no necesitan juguetes, sino pan, leche, leña, tranquilidad.

Pero yo insisto; mi ternura es terca; mi corazón, tenaz. —No, burlona voz del buen sentido, voz de la realidad y de la práctica; voz de la razón y la experiencia; no es cierto. En este día, en esta noche, en esta hora de infelicidad universal, en esta sacudida trágica del destino, en este horror delirante de la crueldad y de la impiedad, es necesario el pan—¡naturalmente!— para la boca del niño; pero también, para su mano y sus ojos y su alegría, es necesario el juguete. Porque el juguete es la santa sonrisa de la bondad que le dice: —No temas; no llores; diviértete y espera. El amor humano no se ha marchado de la tierra; se inquieta por ti; te cuida, y ha puesto el ingenio al servicio de tu fantasía. No creas que los hombres sólo saben ma-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

tarse y odiarse. Mira: también saben hacer juguetes para divertir a los niños.



Yo he pensado siempre así; yo, que recuerdo haber sido, en un remotísimo pasado, un chiquillo sin juguetes y sin caricias maternas.

Y recuerdo, asimismo, que en mi juventud anduve trayendo por las comarcas de la fantasía, durante mucho tiempo, el asunto de un poema en el que la acción principal estaba encomendada precisamente a un juguete. Era él, debía ser, un símbolo de piedad y de amor en el desarrollo lírico de un tema realista. Porque, en mi desenfadada mocedad, cometí el atrevimiento de ensayar mis facultades en un género de poesía distinto del romántico, que, fundamentalmente, es subjetivo e introspectivo: quise escribir poesía impersonal y realista. Publiqué dos «Poemas crueles».

Un crítico afirmó de ellos que eran dos ejemplares de poesía psicopatológica; pero que frustránea había resultado la tentativa, porque la poesía mejicana no variaría de rumbo: romántica y personal tenía que ser de por vida. Ese era el imprescindible carácter de nuestra lírica. Años después, Salvador Díaz Mirón hizo prodigiosas

obras de realismo poético, que marcan una nueva concepción estética en el ambiente de nuestras letras patrias.

Mas el tercer «poema cruel» se quedó en proyecto. Lo pensé mucho, principié a escribirlo, compuse largos fragmentos; y, o por imposibilidad o por pereza— ¡qué sé yo!—, lo abandoné, y allá duerme en el cajón de los papeles viejos, y en el rincón cerebral, donde vamos acumulando, como canta el apasionado italiano, los versos que se piensan y no se escriben.

Y ahora que estoy y que me siento tan lejos de todo aquel mundo nebuloso del deseo y la gloria (ya voy mirando, conforme me acerco al ocaso, que la gloria no es polvo y sol, ¡oh, divino maestro!, sino polvo nada más, polvo que se va ensombreciendo); ahora que he perdido los arrestos para emprender labor de largo aliento y sostenida pujanza, ahora es cuando vivamente, con rara claridad y juvenil encanto, se me acaba de aparecer en la memoria aquel dormido fantasma, aquel antiguo proyecto de poema.

Y quisiera contártelo, a ti, mujer; a ti, anciana de cabellos de albura amarillenta y ojos de mirar cansado y dulce; a ti, matrona esbelta, de rostro tranquilo y amable en cuya boca sonríe, perpetuamente un viejo desengaño; a ti, mucha-

cha de veinte años que esperas, con la impaciencia del cariño casto, al novio o al esposo que tarda en llegar para recibir el beso que te tiembla en los labios; y a ti, florida virgen, alba de candor, estrella de la mañana, escolarcilla curiosa que hojeas los libros de papá, ávida de descifrar el misterio que te rodea con brumas de ilusión en las que suenan aleteos de aves invisibles; a vosotras, que, para mí, ancianas, matronas, jóvenes y niñas, sois los seres sagrados, las vidas encantadas, los vasos colmados de miel, las urnas llenas de fragancia; a vosotras, que sois el pudor nunca extinguido; el amor siempre vigilante; la compasión dispuesta al sacrificio; el consuelo que se inclina a bañar en lágrimas todo sufrimiento.

¿Cómo podría lograr que mis palabras perdieran la dureza, la aspereza, el sonido grosero con que expresan mi pensar y mi sentir, y que el burdo sayal de mis ideas se convirtiera en velos sutiles, en gasas impalpables, en vestimentas de música extática, en atavíos de tenues sonoridades que pasaran por el corazón de las mujeres, que llegaran a él como la visita de un celaje, como la peregrinación de una nube por la cima de las montañas y que ninguna mancha dejen en la nieve de las cumbres?



... El poema comenzaría por describir el florón de luces doradas, azules y carmesíes de un cohete que estallara cerca de los astros. Noche de diciembre; noche-buena. En una calle muy oscura, sentada en el umbral de una puerta cerrada, acurrucada como un callejero can, una mujerzuela, desde la sombra en que está sumida, se entretiene en ver las rayas de oro y el deshojamiento de cristal colorido de los cohetes en la diáfana profundidad de los cielos. A lo lejos, de los hogares dichosos salen ráfagas de risas y de músicas. Ella recuerda su infancia desventurada; su cuerpo cubierto de harapos; su vivienda sórdida en la que se revuelcan, como cerdos en fango, el vicio, la ignorancia, el hambre, el egoísmo. Pocas caricias; muchos golpes; escenas de maldad; gritos de desesperación; el padre, alcohólico; la madre, histérica; los vecinos, brutales; los chicuelos, maldicientes; el barrio, sucio; las paredes, pringosas; la iglesia, en ruina; la plazuela, polvorienta. De trecho en trecho, un árbol de fresca sombra; de cuando en cuando, una mirada de lástima. Allí creció, y de allí, en la pubertad, se escapó, con un viejo don Juan que le prometió un vestido nuevo, una cena con vino y un paseo en carruaje. El centro de la ciudad, iluminado, ostentoso, con sus cuadros de se-

das y pedrerías, la llamaba, la tentaba, la seducía. Pero, como no era hermosa, no fué victoriosa. No pudo llegar al lujo, que está muy alto; y, sin inocencia y sin tranquilidad, cayó, de tumbo en tumbo, en el lodazal de las maldades. No sufrió lo que otras que desde muy arriba habían caído como ella; no desgarró encajes, no ensució bordados; se hirió un poco las carnes nada más, y obedeció, sumisa, los enérgicos mandatos de la suerte.

Una vez sintió el amor; pero apenas tuvo tiempo de sentirlo, porque inmediatamente sintió la traición. Y desde entonces, aquella fingidora de amor vendía un beso; pero se cuidaba mucho de entregar, como prenda de uso corriente, el corazón. Era una pobre pecadora, una descontenta resignada. Y vivía en una atmósfera de engaño, entre una falsa sonrisa y una pena pálida que, por la noche, se embadurnaba en las mejillas el colorete del placer. Pasó el tiempo, monótono, frívolo, insubstancial y doloroso. Ella conservaba una fe vaga y como supersticiosa. A veces, ocultamente, se acordaba de Dios, y rezaba.

Y Dios la premió. —No estés tan sola, mujerzuela—le dijo—; te voy á dar uno de mis ángeles. Y un día, la muchacha fué madre, y arrulló entre sus brazos impuros lo que hay de más

puro sobre la tierra, al par de una flor y de un lucero: un niño. Antes de llegar la criatura, cuando se anunció que vendría, la moza se preocupó y lloró. ¿Qué iba á hacer con aquella carga? Pero después le entró una alegría loca, una alegría desconocida, la sublime alegría de las madres que están seguras de que ya su vida sirve para algo, puesto que sirve para sacrificarla.

Y por eso, en la noche de Navidad, que le recuerda su niñez famélica, sin dulces y sin ósculos y sin oraciones; en la calle obscura, acurrucada en el umbral de la puerta, la muchacha espera á ese galán torpe y repugnante que se llama el Deseo, vampiro insaciable que ronda en la tiniebla, ansioso de insanos deleites.

A lo lejos, de los balcones iluminados salen ráfagas de risas y músicas. En la serenidad transparente de los cielos parpadean los ojos de plata de los astros, y revientan, en chispas de cristal, los áureos crisantemos de los cohetes. La moza ve todo, recuerda todo, y no cesa de pensar en una cuna en la que duerme un rubio chiquitín de cuerpo sonrosado que parecen ir modelando los besos maternos. El niño no tiene padres; es decir, su padre es un ser misterioso, invisible y tremendo: el Acaso. ¿No habéis

leído nunca, anciana, joven, chiquilla, una linda y tierna balada de un poeta cubano, de Diego Vicente Tejera? Tal vez no la recuerde yo con exactitud. Oídla:

Era la noche sombría
y el viento, triste, gemía,
cuando en la calle desierta,
la niña el arpa tañía,
de hambre y frío casi muerta.
Se puso la niña en pie,
y un hombre se le acercó,
y le dijo... ¡no sé qué!
Y la niña gritó: —¡No!
Y el hombre infame se fué.
Y era la noche sombría,
y el viento, triste, gemía,
cuando en la calle desierta
se quedó la niña muerta
junto al arpa que tañía.

Pues ese hombre de la balada fué el que, tras largo esperar, cuando ya soñaba el Oriente en ruborizarse con el rosicler matutino, pasó por frente a la mujerzuela y le dijo lo mismo... ¡no sé qué! Pero ella no era la mártir de la balada, y aunque también se puso en pie, no gritó con indignación su ¡no!; lo pronunció con acento tranquilo, que delataba la costumbre de desdeñar y de ser desdeñada.

Ella quería una moneda que había de convertirse en pan, en calor, en bienestar para mecer una cuna que aguardaba la leche, el beso, la canción.

Y el Deseo venía ebrio, de una fiesta donde se había bebido y reído mucho; venía canturreando y tambaleándose; venía de frac y corbata blanca, de abrigo cuellialzado, y vacilante y espeluznada chistera; venía insolente y sin un cuarto en los bolsillos.

—¡No!—exclamó la muchacha, empujando suavemente al Deseo borracho.

—Bueno; pues... toma!—replicó éste, imitando, con su canallesca comicidad, una exagerada actitud de galantería. Y le entregó una cosa dorada y sonante que llevaba en la mano. Era un juguete; un juguete arrancado a las ramas de pino, de un *feérico* árbol de Navidad; un pulchinela de joroba cascabeleda y acuchillados gregüescos.

La madre, trémula de regocijo, con las pupilas nubladas por el llanto, recibió el regalo, y espontáneamente, como si se le hubiese favorecido con un regio don, estampó en el carrillo sudoroso del Deseo un rápido beso de gratitud, que le salió del fondo del escondido corazón,

Y el hombre infame se fué,

34499

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
No. 1825 MONTENREY, MEXICO

¿Qué sabía el perverso del bien que acababa de hacer, de la soberana limosna con que había consolado una tristeza, con que había socorrido un infortunio, con que había revivido una esperanza y confortado una fe?

Y aquel día pudo menguar el pan; pero no el contento. Un niño, que apenas podía hablar, charlaba, en un inefable e intraducible idioma, con el juguete; y una mujer muy pálida y muy risueña, balanceaba acompasadamente una cuna, y sin poderse contener, lloraba en silencio...



—Escolarilla, novia, madre, abuela, ¿no es cierto que, en ocasiones, vale más la dádiva de un juguete que la de una torta de pan?...

EL NIÑO DEL GUAYABAL

UN recién nacido, un llegado a la vida pocas horas antes de que lo abandonaran, fué recogido por alguien, de un campo solitario, en donde el niño estuvo expuesto a los rigores de la naturaleza, al relente de la noche, a las furias del sol, al viento cargado de miasmas, a la rabia ponzoñosa de los reptiles. Pero noche, y sol, y viento, y reptil, más compasivos que la madre, cuidaron de la criatura, hasta entregarla en los brazos de la suerte, como una prenda, que dejó en rehenes el crimen; y la devolvieron, intacta, a la piedad humana.

Las mujeres de la ciudad se han indignado y se han enternecido al propio tiempo. Los noticieros no se han dado punto de reposo. La policía ha abierto sus cuatro pares de ojos como los del dios oriental, y busca, entre las sombras, las huellas del delincuente. Mientaas todo esto su-

cede, el niño vive, y parece, según las afirmaciones de quienes lo tienen a su cuidado, que se encuentra en excelentes condiciones para soportar el castigo de la existencia, más duro algunas veces que el que querían hacerle sufrir los mismos que le dieron el ser. El chiquitín no está condenado a muerte, sino a vida. ¿Cómo recibirá la condena en esta «noche oscura del alma», que decía el místico? ¿El destino, que tan mal lo recibió, le recompensará esta desgracia de tener madre y ser, a la vez, el más desventurado de los huérfanos? ¿El dolor y la desgracia seguirán hincando en él sus garras implacables? Heredero de morbosos atavismos, ¿echará a andar por los quebrados caminos de la santidad, del heroísmo, del apostolado, del martirio; o por los vericuetos y encrucijadas del vicio, de la maldad, de la destrucción y de la infamia? ¿Será una rosa de amor o un cardo de odio esta semilla arrojada con desprecio en el surco negro del crimen?



En todo esto pensaba yo, melancólicamente, al leer día por día los «reportajes» de los periódicos, es decir, la «novela histórica» del acontecimiento. No puedo negar que soy un sentimen-

tal pasado de moda. Todavía siento vivo interés por este género de desdichas, en las que, como en las comedias cursis, en los melodramas de Bouchardy, hay un malvado diabólico y una víctima inocente. Estas cosas no inquietan a los hombres serios, a los que revisan diariamente el precio de los valores y están atentos a la cotización de las monedas. A mí, sí.

Y delitos semejantes a éste, del «niño del guayabal», revuelven en mi pecho quién sabe qué ternuras lacrimosas en las que se mezcla su poco de náusea moral y su dosis de compasión. Duélome del hijo tan brutalmente entregado al infortunio; y siento horror por la madre, a la cual me imagino herida por alguna tremenda fatalidad, antes que despojada del instinto misericordioso que da a la especie, en un grado más puro y alto, la virtud sublime de la abnegación y el sacrificio. Por esta metamorfosis casi divina, por este aspecto del amor en excelitud, la maternidad nos parece sagrada. La Rochefoucauld, el incrédulo del amor, no niega éste que de la hembra hace el ángel.



Nos resistimos a creer en la violación de la santa ley. Mas la vida diaria se encarga de con-

vencernos: hay madres descastadas, madres infames, madres despojadas por la Naturaleza del sentimiento generoso, de la fervorosa inclinación al ser que ellas dolorosamente trajeron al mundo, y en el que se prolonga la propia existencia de ellas, como se prolongan, en las ramas, las savias de los troncos.

Estos ejemplares de desviaciones y anormalidades psíquicas no son raros. Por el contrario, las estadísticas criminales señalan una cifra desoladora de infanticidas. Están en todas partes. Las producen todas las latitudes. Las ciudades populosas se han visto precisadas, desde hace muchos años, a establecer las inclusas, las casas de expósitos, el basurero de los niños abandonados. Recuerdo ahora unos viejos versos, que me hicieron mucha impresión en mi adolescencia.

El león, con ser león,
adora su propia sangre;
el chacal, con ser chacal,
no vive sin sus chacales;
defiende el tigre a sus hijos;
la pantera es tierna madre;
los buitres de las montañas
amorosos nidos hacen,
y los hombres, con ser hombres,
han hecho una casa grande
para recoger los niños
arrojados a la calle.

Del tiempo aquel en que me emocionó este romancillo, a los días que ahora vivo, ha cruzado frente a mí la maldad, destapando su vaso de Pandora, y he sabido muchas cosas, y he visto algunas que me han acostumbrado a la idea de mirar el delito no enorme como antes, sino en sus verdaderas proporciones; no como una fantástica abominación del averno, sino como un incidente característico de las actividades humanas, como una manifestación regresiva de ciertos individuos inadaptables o inadaptados a las exigencias normales de una sociedad civilizada. Sin embargo, el tipo de la infanticida es uno de los más monstruosos en el cuadro de la criminología. Encoleriza y repugna encontrarlo hasta en el animal inferior, hasta en las últimas gradas de la escala zoológica.

La ciencia ha dado explicaciones a estos fenómenos de desviación moral; ha estudiado y analizado estas insanias. Hay en su fondo anomalías fisiológicas y psicológicas. Las desdichadas que matan a sus hijos recién nacidos, ejecutan su obra delictuosa impulsadas, comunmente, por la locura del miedo, por la visión aterradora del peligro grave. Quieren salvarse, y para ello sa-